

Palabras del Vicepresidente de la Academia
Antioqueña de Historia Luis Javier Villegas Botero

Cuando, retirado de la vida política y militar en la que logró grandes triunfos y una inmensa fortuna al lado de Julio César, el historiador Cayo Crispo Salustio decidió elaborar una de las más destacadas obras de la historiografía latina, La Conjuración de Catilina, justificó ese cambio de vida con estos términos: *“me parece adecuado buscar la gloria más que con las cualidades del cuerpo con las de la mente, pues, ante la brevedad de la vida, conviene tratar de hacer que el recuerdo de nosotros sea lo más duradero posible. Porque –prosigue– la gloria que procede de las riquezas y de la belleza es pasajera, en cambio la virtud y el saber producen una gloria duradera”*.

Vienen a la mente, con sobrada razón, estas ideas al clausurar hoy este año que hemos consagrado a conmemorar el primer centenario de la Academia Antioqueña de Historia. En efecto, entre sus fundadores y los numerosos miembros que durante estos 101 años la han conformado no han sido pocos los que tras una vida dedicada a la política, la milicia o los negocios, optaron por consagrar, al menos parcialmente, sus luces y experiencia al cultivo de la historia. Es posible pensar que al asumir tal actitud, que acaso a un extraño parecería un desperdicio de capacidades que aún podían seguir aportando al desarrollo económico y político, acumulando riqueza y poder, aquellos académicos hayan tenido en mente pensamientos similares a los que expresara el historiador latino.

Conviene recordar que en la sesión de instalación, llevada a cabo en la residencia del doctor Manuel Uribe Ángel, uno de los hombres más destacados que ha dado nuestra región a la patria, bondadoso médico que toda su vida militó en el partido liberal, en la tarde de otro tres de diciembre, el de 1903, los asistentes hicieron constar que “entre las razones que los mueven a cooperar en la trascendental labor de esa digna Corporación figura en primer término la de contribuir por medio del estudio de la historia que nos es común a la conservación de la unidad nacional, que ha sufrido rudo quebranto y que parece seriamente amenazada a consecuencia de los deplorables acontecimientos ocurridos recientemente en Panamá”.

Ideas afines se expresaron en el editorial del primer número del Repertorio Histórico, órgano de la Academia, publicado en enero de 1905 y que lleva por título *Pro Patria*. “*¡Cuánto hemos retrocedido en pocos años, barbarizados por las pasiones fratricidas desencadenadas al calor sulfúreo de nuestras contiendas civiles! Vamos a buscar un mañana menos brumoso y triste que este congojoso presente que hoy nos tortura y aflige.*”

Unas líneas adelante destacó el editorialista que las academias de historia estaban compuestas “de hombres de todos los colores políticos, habituados a los puros y altísimos goces del espíritu; aunados estrechamente solo por el común anhelo de rastrear la verdad para rendirle culto; de estudiar y aprender, adiestrando el entendimiento en la ruda disciplina de los métodos de investigación para esclarecer y perfeccionar, de preferencia, los anales de nuestra naciente nacionalidad”. Para ello destacó el propósito “de ennoblecer y realzar las virtudes y méritos de nuestros genitores”. Describía la labor de los académicos como una labor de aficionados, que robaban a las diarias ocupaciones de la prosa de la vida unas pocas horas de vagar en grata sociedad de amigos.

En su primer año la naciente Academia sufrió un duro golpe: la muerte, el 16 de junio de 1904, de su presidente, el querido doctor Manuelito. En esa fecha los académicos Fidel Cano y Fernando Vélez, como reza la proposición aprobada, calificaron su muerte “como desgracia que la hiere directa y hondamente, la priva de su más docto y autorizado colaborador y rompe una de las más cuerdas, brillantes y poderosas plumas de histo-

riador que en Colombia han existido.” Por una cruel coincidencia, cien años después, el 26 de julio del presente, falleció uno de sus más connotados sucesores en la presidencia de la Academia, el doctor Jaime Sierra García, liberal ecuánime, gobernante probo y miembro de corporaciones legislativas como aquel, y quien se entregó con afecto y dedicación admirables a rescatar el habla y la historia de su tierra y de sus gentes, dejándonos el invaluable legado de excelentes obras históricas.

Ni la muerte del doctor Uribe Ángel ni tampoco los rudos ataques que algunos intelectuales le lanzaron en la prensa local paralizaron la naciente Academia. Es así como en sus reuniones departían civilizadamente, bajo la presidencia de don Tulio Ospina y la vicepresidencia de don Fidel Cano, Clodomiro Ramírez y Rafael Uribe Uribe, Antonio José Restrepo y Carlos E. Restrepo, junto con otros miembros, procedentes de los dos partidos que hasta fecha reciente se habían disputado la supremacía en sangrientas batallas. El solo hecho de reunirse, “a revolver archivos” como decía en tono de burla el doctor Álvaro Restrepo Eusse, era ya de por sí una lección de convivencia y un claro mensaje que los dirigentes enviaban a sus bases para que depusieran los odios fratricidas y recalcaran con sus palabras y hechos que la patria estaba y debería seguir estando siempre por encima de los partidos.

La institución contó desde sus primeros años con el decidido apoyo del gobierno departamental. De conformidad con lo dispuesto por el Ministerio de Instrucción Pública, el 2 de enero de 1904 el gobernador Clodomiro Ramírez Botero, quien días antes había sido designado miembro de número, expidió el decreto 360 por el cual se creó la Academia. En él señaló sus funciones, determinó la publicación de su revista, costeadada por el Departamento, nombró a los miembros fundadores y dispuso que las reuniones se realizaran en el local del Museo y Biblioteca de Zea, entidad que tuviera en el doctor Uribe Ángel a su principal promotor y eficiente director.

Imposible resumir en unas líneas los logros y dificultades de cien años de historia. Destaquemos, sin embargo, la larga peregrinación de la Academia por diferentes lugares del centro de la ciudad. Las actas dejan constancia de los sitios de reunión: las casas de algunos de los presidentes, la ya mencionada biblioteca de Zea, la Administración de Correos, la recto-

ría de la Universidad, el consultorio de un médico quien era entonces su presidente, la Escuela de Derecho, y, para las reuniones solemnes, unas veces el salón de la Asamblea Departamental otras el Paraninfo de la Universidad, institución en la cual encontró asilo por muchos años. Especial reconocimiento merece la generosidad de doña Beatriz López de Mesa, hermana del ilustre compatriota, notable intelectual y miembro de nuestra institución, el doctor Luis López de Mesa, pues al hacer donación de su casa de habitación a la Academia en 1985 hizo posible que esta contara por fin con una sede propia. Hoy la admiramos restaurada, ampliada y engalanada en este año centenario, gracias al tesón y empeño de sus miembros, liderados por su presidente el ingeniero José María Bravo Betancur, quien no ha escatimado esfuerzos para recabar el apoyo de los gobiernos municipal y departamental y de algunas empresas privadas.

Al repasar la lista de los que han integrado la Academia durante estos 101 años encontramos los nombres de grandes personalidades, que han sobresalido en la política, la religión, la historia, el derecho, la medicina, la ingeniería, las letras, al lado de otros muchos hombres y, por desgracia, unas pocas mujeres, signo de tiempos pasados que esperamos pronto superar. Pero sea poca o mucha la notoriedad de cada uno de los integrantes, todos hoy ratificamos la fidelidad al camino trazado por nuestros predecesores y revalidamos ante ustedes el juramento que al ingresar a ella hicimos de contribuir a su engrandecimiento y el de la patria común por medio del cultivo de su memoria, nuestra historia, la que el historiador francés Georges Duby denominara “la escuela del ciudadano”. Y, como decía don Tulio Ospina, “vamos a buscar un mañana menos brumoso y triste que este congojoso presente que hoy nos tortura y aflige.”